

(TRES PLIEGOS)



HISTORIA

DEL

ENAMORADO RICARDO Y LA HERMOSA ISABELA

LLAMADA

LA ESPAÑOLA INGLESA

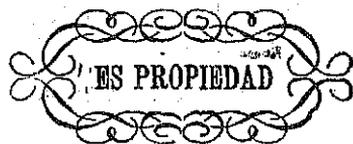
En la que se da cuenta de los muchos y raros acontecimientos
que sucediera á estos dos amantes.

MADRID

Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.

M. 59 926

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF THE
CITY OF MADRID



HISTORIA

DEL

ENAMORADO RICARDO Y DE LA HERMOSA ISABELA.



PRIMERA PARTE.

Noticia de los padres y patria de Isabela.—Es arrebatada de la casa paterna á la edad de quince años y llevada á Londres, donde se enamora de ella un noble jóven llamado Ricardo; pero antes de obtenerla por esposa, se le precisa á embarcarse, en cuya navegacion encuentra á los padres de su querida, y juntos dan la vuelta para Inglaterra.

En cuanto ilumina y baña el rubicunado planeta, ni cuantos historiadores de panegíricas ciencias han escrito, no han de hallar historia mas verdadera, ni mas estraños sucesos, ni fortuna mas adversa, que en rigurosos trabajos pasó una noble doncella, siendo blanco de desdichas; aunque bien puede por esta decir el comun adagio: no hay mal que por bien no venga, y pues propuso el decirlo sin pródigas referencias,

daré principio, si atentos oídos gratos me prestan. En esa joya sin precio, donde en igual competencia se ven las pompas y galas, la bizarría y grandeza cual es la ciudad de Cádiz, que solo el nombre pudiera bastar para conocer quién es, y lo que en sí ostenta: esta ilustré patria es progenitora, primera euna del feliz portento de la preciosa Isabela, de la generosa estirpe de los Guzmanes y Vegas,

casa antigua que blasonan
de ilustres los que son de ella.
Nació este sol, como he dicho,
en este oriente de perlas,
tan dotado de hermosura,
que la sacra Omnipotencia
con los divinos buriles,
la hizo en extremo bella.
Entre galas esquisitas
florecia esta doncella,
con júbilos y placeres,
como hermosa y heredera;
llegó á cumplir cinco abriles,
y en puerilidad tan tierna
iban las adversidades
de su rigurosa estrella,
ordenándola á su vida
sustos, quebrantos y penas:
y fué que en aqueste tiempo,
la armada de Inglaterra
á Cádiz asalto dió,
saqueando sus riquezas,
destruyendo sus caudales,
hasta que á la casa llegan,
de Isabela, despojando,
y viéndola tan pequeña
y tan grande en hermosura,
como alhaja se la llevan.
Fuéronse al general
por dádiva se la entregan.
Con los mayores afectos
agradeció la fineza,
y dando velas al viento
en muy poco tiempo llegan
á la gran ciudad de Londres,
dan fondo y saltan en tierra.
Llevó el general consigo
la cautiva sin dar cuenta
al rey que entre los despojos
llevaba tan buena prenda;
no fuera que por lo hermosa
la codiciara la reina,

y porque siendo cristiana
él queria poseerla:
la llevó á su casa y fué
del agrado y complacencia
de su muy amada esposa,
que ambos en union perfecta
vivian, como Diosmanda,
en nuestra ley verdadera,
y exactamente observaban
los preceptos de la iglesia.
Tenian un hijo, al cual
llamaban (segun se cuenta)
Ricardo, único y solo
heredero de su hacienda;
ilustraban á sus años
solas cinco primaveras.
Cuidáronlos con aplauso
y en educaciones buenas,
ambos juntos se criaron,
siendo su edad una mesma,
y á un mismo tiempo crecian
en virtudes y escelencias,
dándose nombre de hermanos
con tan entrañables veras,
que en el amor parecian
haber nacido en la estrella
que nació Piramo y Tisbe
por la amistad tan estrecha.
A la floreciente edad
llegaron de esta manera,
de tres lustros, cuando ya
por la singular belleza,
prudencia y honestidad,
habia muchos que eran
esclavos de la cautiva,
pretendientes de la empresa,
y mayormente Ricardo,
que ya herido de las flechas,
entre vesubios de fuego
su pecho se hacia un Etna:
por el invisible amor,
como halló francas las puertas

del pecho, se entró hasta el alma,
para jamás salir de ella,
y empezaba á recatarse
hablándola con prudencia,
que en el amor hay recató,
si es pretension honesta:
se hacia varios conceptos,
si bien con mucha tristeza,
de decírselo á su madre
temiéndole á la respuesta,
que era esclava, y esto mismo
le echaba un nudo á la lengua;
pensativo y macilento,
reinaba en él la tristeza.
En este tiempo, su padre,
un casamiento le ordena
con una noble matrona,
y el día que le dió cuenta
á su hijo de este intento,
fué tal el dolor y pena,
que al instante cayó malo
con una grande dolencia,
y con gran solicitud
trajeron con diligencia
los médicos mas espertos
de la Galénica ciencia,
que sin acertar la cura,
antes bien se le acelera
la enfermedad cada dia,
y por muerto le contemplan;
hasta que Isabela un dia
entró á servirle á la mesa,
y Ricardo cuando vió
la conyuntura tan buena,
dispuso el comunicarla
su amor, pues que ella era
por su hermosura la causa
de estar de aquella manera.
No quiso mas dilatarse,
y entre el amor y vergüenza,
la dijo: adorado dueño,
¿es posible que te precias

de verme morir? los cielos
me amparen y favorezcan.
Tú eres la causa que yo
tan sin alivio padezca;
y es mi intento solamente
(¡Dios quiera me lo conceda!)
que en el lazo indisoluble
en santa union te merezca.
Atentamente escuchaba
Isabela, y con honestas
palabras, le dijo así:
Hoy de tu mucha nobleza
esperaba yo tal dicha,
pues soy quien mas se interesa
en obedecer tu intento;
mas primero la respuesta,
de tus padres quiero y míos,
que así llamarles es fuerza,
á quien despues de Dios debo
lo que es muy justo que deba.
Yo por quien soy, te prometo
mi palabra, como quieras
ser mi esposo, el ser mas firme
á pesar de quien lo sienta.
Bastaron estas razones
á cobrar salud entera
en breve tiempo, que muchos
por milagro lo ponderan,
y sin achaque ninguno,
por la respuesta tan buena
que le dió su amado dueño,
se dispuso á darles cuenta
á sus padres de este intento;
y lo que juzgó ser penas,
fueron alegres placeres,
grandes júbilos y fiestas,
en ver que era de su gusto
aquel que del suyo era,
y unidas las voluntades.
Para hacer esto era fuerza
dar cuenta al rey, que en la córte
aque los hombres de prendas,

toman parecer del rey para cualquier diligencia; Llegó el padre de Ricardo del monarca á la presencia; dijo en breve, como iba solo á pedirle licencia para casar á su hijo con una que trajo presa cuando el saqueo de Cádiz. Tanto alabó su belleza, que dijo la reina entonces: tráemela en mi presencia; veremos si la española es como me la ponderas. Cortesmente se despide, se fué á su casa, y dió cuenta á su esposa y á su hijo de como quiere la reina que se la lleve la jóven, pues desea conocerla; ella obedeció al instante, y con grande amor la ruegan que oculte el que son cristianos, porque no les sobrevenga alguna grande desdicha; á que dijo: no tuvieran recelo, que por su causa seguro está el que lo sepa. Finalmente, la adornaron de costosísimas sodas, de rubies y esmeraldas, que admiraba solo el verla. Con grande acompañamiento á palacio se la llevan, donde la reina aguardaba rodeada de doncellas. Admiradas se quedaron cuando la vieron de cerca: una elogiaba la gala, otra el garbo y gentileza; la reina suspensa estaba de verla tan bien compuesta

y así dijo: caballeros, bien podeis irós, que queda Isabela en el palacio, desde hoy en mi asistencia; le dijo á Ricardo entonces: tú si quieres merecerla, la has de ganar por tu brazo á fuerza de armas en guerra, ganando algunas victorias juntamente: ganas esta: si quieres mañana mismo han de salir dos galeras, y á corso tienes que ir por capitan de una de ellas, y si falta el comandante te han de rendir la obediencia. Aceptó la condicion, aunque no era de muy buena voluntad, por dos motivos: el uno porque se ausenta de los ojos de quien ama, el otro porque su pelea habia de ser con cristianos, y él cabalmente lo era. Finalmente, se despide de su querida Isabela: con gran pompa y aparato embarcóse en la galera, y al cabo de pocos dias una gran fragata encuentran, en donde iban los padres de su muy querida prenda. La aprisionan luego al punto, y los padres de Isabela lloraban amargamente, y Ricardo les consuela: preguntóles dónde iban; y al instante manifiestan, que en busca de una hija suya que hurtaron á su presencia. Entonces dijo Ricardo: contadme por vida vuestra

cómo os quitaron la hija, y en otra segunda parte
por si puedo conocerla; se dirá lo que le cuentan.

SEGUNDA PARTE.

Los padres de Isabela son presentados á la reina de Inglaterra.— Se ajusta el casamiento de Ricardo con la jóven española; y cuando iba á verificarse la boda, un nuevo pretendiente trata de impedirlo, y consigue por entonces su intento.

Aumentaban con el llanto los padres de la cautiva, del gran reino de Neptuno las corrientes cristalinas: Ricardo los consolaba con amorosas caricias, que aunque al parecer infel observa la ley divina: los persuadía con ruegos le diesen claras noticias de su historia, para ver si igualmente convenia con lo que se pronosticaba y formando en sí un suspiro entre quejas doloridas, en breve tiempo le dieron de aquel caso las noticias. Entonces el capitán conoció por cosa fija, que eran aquellos los padres de la que en el alma estima: y con agrado y dulzura aliviaba sus fatigas, sin descubrirse jamás, ni decir que conocia, ni de la que ellos contaban

haber tenido noticia. Entre otras diferentes razones que se decian, llevados del feliz viento con prosperidad tranquila, en dos dias poco menos granjearon las orillas del mar, y á Lóndres llegaron; dan fondo y la playa pisan, y solo á los dos cautivos se llevó en su compañía á su casa, y con secreto, encargó que no les digan nada, que importaba hacerlo segun como lo decia. Fué Ricardo á darla ofrenda á la reina; como iba tan galan y tan dispuesto, á todos causaba envidia: llegó á palacio, y le hacen el cortejo á su venida. Hechos ya, pues, los aplausos, dijo Ricardo, que habia en el nombre de su alteza, por mas triunfo de su dicha, dado libertad á todos: que solamente traia

un hombre y una mujer
 que dijeron que querian
 ver al rey de Inglaterra,
 y en su casa los tenia.
 Quedó la reina con esto
 en extremo agradecida.
 Al instante dispusieron
 el partirse á grande prisa
 á descargar los bajeles
 de todas las mercancías.
 Hecha ya esta diligencia,
 Ricardo les notifica
 á los cautivos que fueran
 á palacio, si querian
 ver á las personas reales,
 que todos juntos irian.
 Le obedecen, y los tres
 fueron á la estancia misma
 de la reina, y se llegaron
 en ocasion que salia
 Isabela de la sala,
 tan bizarra, bien prendida,
 que á no haber salido el sol
 juzgáran que era ella misma,
 pues la cadena de oro
 y la hermosa pedrería
 de rubies y esmeraldas,
 les empañaba la vista.
 Llegó, y entre las doncellas
 tomó asiento, y parecia
 la luna entre las estrellas,
 ó el sol que en candidez brilla
 entre los demás planetas,
 pues sol y luna tenia.
 Atentamente sus padres
 la miraban, pues ya iba
 la sangre hirviendo en el pecho;
 que el corazon pronostica,
 y en sobresaltos anuncia
 ó el bien, ó el mal, regla fija
 en donde es el parentesco
 el móvil que los inclina,

y por más certificarse
 con mas cuidados se arriman.
 En este tiempo Isabela
 estaba en la duda misma,
 hasta que su amada madre
 rompió al decoro las lineas;
 y sin reparar en nada
 se llegó á su propia hija,
 y buscóla atentamente
 una señal que tenia
 de un lunar en la garganta:
 luego que se certifica,
 la echó los brazos al cuello,
 diciéndola: ¡amada hijal
 estrechamente se abrazan,
 aunque hablarse no podian:
 abrazadas en el suelo
 cayeron amortecidas,
 y por muertas las juzgaron,
 y no fuera maravilla
 que hubieran muerto, pues vemos
 que á veces quitan la vida
 una impensada congoja,
 ó una súbita alegría;
 tambien su querido padre,
 sin dar lugar á que opriman
 lágrimas, que por su rostro
 copiosamente corrian,
 tiernamente la abrazaba,
 mil requiebros la decia.
 De ver tan raro suceso
 la reina se maravilla,
 y todos á un mismo tiempo
 absortos de lo que miran,
 y ya todos informados
 de tragedia tan no vista,
 la reina le habló á Ricardo,
 diciendo: ya llegó el dia
 en que tus deseos tengan
 fin por obras merecidas,
 y el dar principio á tus bodas
 hoy mi intencion determina,

que estos nobles españoles
aquí en mi palacio asistan,
que ya que han venido á verme
verán finezas crecidas.
No acertaba á responder
Ricardo, con la alegría
pensando que se acercaba
todo el colmo de sus dichas.
Mas la contraria fortuna
no paró aquí con sus iras,
que hay dichas que no se logran
sin pasar por mil desdichas.
Fué la causa que á este tiempo
á la reina la servía
de camarera, una dama,
la cual señora tenía
un hijo de gran valor,
un Bernardo en valentía,
un Gerineldo en galan;
pues cuantas buenas partidas
de bondades hay, le asisten,
y todas las ejercía.
Era conde, y tambien era
de aquellos de mas estima
del rey, que por muy afable
este aplauso merecía.
Su propio nombre era Arnesto;
aqueste puso la vista,
alma, afición, y potencias
en la deidad peregrina
de Isabella, de tal forma,
que en fuego de amor se ardía;
y no hallando ocasión
de hablarla, verla ú oirla,
entre sí mismo á sus solas,
varios conceptos se hacía,
que siempre un enamorado
anda con frases y enigmas;
mas viendo que se acercaba
la union de las familias,
la participó á su madre
el mucho amor que tenía

á la jóven española,
y que á no lograr tal dicha,
próximo estaba á quitarse
tiranamente la vida
al impulso de un cordel,
ó de una punta á la ira,
ó que colérico y ciego,
violentamente daría
á Ricardo é Isabela
la muerte con ignominia,
por no ver en otros brazos
el bien que adora y estima.
Suspensa quedó la madre
al ver lo que se seguían
de desdichas, si su hijo
tan gran desacierto hacía,
que hay hombres de tan mal gusto
que aventurando la vida
pierden haciendas y honores
por lograr sus fantasias,
y siempre mas obstinado
cuanto mas le persuadía,
por que el amor no repara
ni dificulta salidas.
Dijole su madre entonces
se detuviese que iría
á hablar de esa materia
á la reina; mas que iba
recelosa, por saber
que para el siguiente día
se celebraban las bodas.
Quedó con esta noticia
haciéndose mil conceptos
por ver si hallaba salida,
aunque en algo consolado,
porque su madre tenía
mucho influjo con la reina,
y este consuelo le anima.
Habló á la reina, en efecto,
diciéndola, como iba
á proponerla la causa
de los extremos que hacía



su hijo por Isabela;
y cuando pensó que iba
por el sí, lo halló trocado,
pues sin rodeos ni ciras
le respondió que era tarde
para lo que pretendía,
porque ya estaba casada,
y su palabra tenía
dada al general Ricardo,
y que atrás no se volvía.
Con esta resolución
quedó mas que nieve fría,
temiéndose de decirle
al hijo la negativa
que dieron á su persona,
por su condicion altiva,
mas como la precisaba
la fué forzoso el decirle.
Cuando Arneste oyó á su madre,
quiso con una bruñida
espada darse la muerte.
La madre le detenía,
diciéndole que no hiciese
cosa tan mal parecida,
que le daba su palabra
de que no se gozaria

Ricardo con Isabela,
á pesar de quien lo impida.
Intentó su falso pecho
una infame alevostia,
y la crueldad mas enorme,
como falsa, á la divina
ley de Dios soberano,
y con exaltada ira
llenó un vaso de veneno,
y como cosa de estima
á Isabela por regalo
se lo dió en una bebida,
por abrasar sus entrañas
con una saña inaudita,
porque no vive el leal,
mas de lo que el traidor cita.
Y aqui para proseguir
los rasgos de esta lira,
por no enfadar al oyente
con historia tan prolija,
Antonio Pablo Morales
al auditorio suplica,
que si no les da molestia,
en la tercera partida,
si con atencion le escuchan,
promete de concluirle.



TERCERA PARTE.

Isabela queda horrorosamente desfigurada por efecto del envenenamiento.— Se consigue salvarla la vida, y con el tiempo recupera su anterior hermosura; pero en este intermedio los padres de Ricardo tratan de casar á su hijo con una dama escocesa.

Apenas hubo logrado aquel falso vil intento aquella ingrata homicida de aplicarla el veneno, cuya maldad pudo solo caber en su ingrato pecho; mayormente no teniendo de Dios ni su fé un bosquejo, cuando la pobre doncella, dentro de muy poco tiempo empezó á sentir fatiga, y arderser en voraz fuego sus ojos, que eran dos soles, en breve se la pusieron eclipsados y sin vista, muy morados y sangrientos, la lengua hinchada y los labios estremadamente gruesos enronquecida la voz, levantándosele el pecho, y tan renegrido el rostro que el mirarla daba miedo. En esta ocasion llegaron las damas, y cuando vieron un mónstruo tan espantoso, casi no la conocieron, y averiguando quién era, sin dilacion previnieron

el darla á la reina cuenta de lo que está sucediendo. Llegó al lecho donde estaba aquel sol ya sin reflejo, en parásismos mortales, sin teær pulsos ni alientos. Grande confusion causaba y notables sentimientos; mandó la reina llamasen á sus médicos, y luego que llegaron, reconocen por las señales que vieron, y acreditan que es traicion lo que con la pobre hicieron. Al instante la aplicaron diversos medicamentos, los polvos de Unicornio, la triaca y mil remedios que fueron mas eficaces de la ciencia de Galeno. Muy bien conoció la reina al instante por muy cierto que su camarera habia cometido el desacierto, por las razones que habian pasado en el pedimento, y que envidiosa dispuso cometer tan grande esceso.

Ya los médicos habían
hecho cuanto dispusieron,
y por las muchas virtudes
de antídotos que pusieron,
y Dios que lo permitió,
no fué aquel su fin postrero.
Mandó la reina prender
con rigurosos tormentos
á la que habia sido causa
de aquel pesar tan perverso,
y que en su propio palacio
en un estrecho aposento
a encerrasen para darle
castigo por aquel hecho;
mas ella se vió culpada
y dijo: que para el cielo
hacia un gran beneficio
solo con haberla muerto,
y porque hubiese en su tierra
aquella cristiana menos,
y que tambien con su muerte
evitaba muchos riesgos
y aseguraba á su hijo
de los daños venideros.
Apenas supo Ricardo
el desgraciado suceso,
cuando sin poder valerse
cayó mortal en el suelo,
de un frenesí, que quedó
mucho mas que vivo muerto.
Era un mar de confusiones,
de congojas y lamentos
toda la casa, pues daba
dolor y compasion verlo,
y los cautivos lloraban
su hija, y á un mismo tiempo
los de Ricardo tambien
hacian gran sentimiento.
Vuelto ya del parasismo,
con quejas poblaba el viento,
y enternecia las piedras
con mil suspiros funestos.

Nadie podia aliviarlo;
por estar todos lo mismo;
de suerte se lamentaba
el afligido mancebo,
que daba muestras de haber
perdido el entendimiento:
queria darse la muerte
en tan grande desconsuelo,
y abrir con sus propias manos
puerta á su afligido pecho,
y sacarse el corazon
por pagarle el sentimiento:
mas repararon que iba
muy poco á poco volviendo
en sí la que por difunta
poco antes la tuvieron,
dando señales de vida
en el modo que irá espuesto;
porque al cabo de dos dias
se la cayó todo el pelo,
hebras que al sol enviaba
para ornato de sí mismo.
las cejas que eran de amor
los arcos de sus flecheros,
borradas y sin adorno
con las pestañas salieron.
Sus bellos ojos, en quien
las luces del sol se vieron,
ajados y lagrimosos,
sin aquel cútis primero
toda tan abominable,
asquerosa en tanto extremo,
que nadie podia verla
por su fierisimo aspecto;
pues todos, menos Ricardo,
daban por alegamiento
que fuera mucho mejor,
por no estar padeciendo,
el no haber quedado viva;
mas estaba para ejemplo
de las miserias humanas:
(ocultos juicios del Cielo.)

Entonces el buen Ricardo
pidió á la reina con ruegos
le dé á Isabela, que quiere,
si acaso es gustosa de ello,
con sus muy amados padres
el llevarla al momento
á la casa de los suyos.
Tuvo logrado aquel intento,
pues compadecida estaba
de ver sus muchos tormentos,
y aun se alegraba que hubiera
tenido tan buen acuerdo;
le dijo á Ricardo: yo
desde luego se la entrego;
mas es justo que yo tenga
para siempre un sentimiento
de que tú me la entregaste
mejor que yo te la vuelo;
mas su castigo pondrán
el delito satisfecho.
Ricardo rogó á la reina
que perdonase aquel yerro,
que daba buena disculpa
para el insulto que ha hecho.
que de su parte y su amada
le perdonan desde luego.
La reina le dijo: advierte,
Ricardo, que te prometo,
que Isabela es una joya
engarzada en tosco hierro.
Llevó á la inocente Abel
á su casa y tambien fueron
los cautivos con su hija
para darla algun consuelo,
dándole la reina en pago
del mucho amor, dos mil pesos,
y otras diferentes joyas
de grande valor y precio,
y costosísimas galas
para su adorno y aseo.
Estuvo Isabela enferma
dos meses ó poco menos,

cuando la inmensa piedad
del justo Juez de los cielos,
apiadado de las muchas
rogativas que le hicieron
los que la comunicaban,
quiso dotarla de nuevo
en su primera hermosura.
¡Oh divino Padre Eterno,
qué inmensas son tus piedades
para darnos el remedio!
Ya se mejoraba el rostro,
y por parte descubriendo
de sus primeros matices
lo puro, cándido y terso.
En este tiempo los padres
de Ricardo dispusieron
casarlo con la doncella
primera que ellos quisieron.
Era esta dama de Escocia,
despachan al punto un pliego
que la trajesen sin darle
cuenta al hijo de este intento
sin mirar de que en el alma
tenia Ricardo impreso
el mucho amor de Isabela,
pues decian que en viniendo
la de Escocia, ovidaria
Ricardo el amor primero,
que despues la enviarian
á su casa con sus dueños
dándola para el viaje
gran cantidad de dinero.
Esto hacian sin que fuese
Ricardo sabedor de ello.
Llegó, en fin, aquella dama
con grande acompañamiento,
donde alegres la aguardaban.
Salió Ricardo al encuentro
al gran rumor que traian,
cuando vió que los cocheros
paran en su propia casa,
y en ella quedan de asiento,

donde todos á porfia
se esmeran en cumplimientos,
y con respecto á la dama
se la ensalza con extremo;
visto lo cual por Ricardo,
que no aprueba tal empeño,
dijo, aunque con ironía,
pero pudo contenerlo:
ciertamente que no habrá
mejor cara en este pueblo
que la de esta señorita,
siendo un perfecto modelo,
mas será porque Isabela
no está como de primero.
Entonces le dijo el padre,
pues sábetelo por muy cierto,

que aquella ha de ser tu esposa,
porque viene para eso.
Apenas oyó decir
los penúltimos acentos,
se quedó mortal y helado,
sin habla, pulso ni alientos,
desmayado el corazón
turbados los pensamientos,
y no es mucho que dudara
dar desate á tal enredo.
Y por poder declararlo,
amable lector discreto,
le dá Alfonso de Morales
fin al romance tercero,
para que en la cuarta parte
prosigan si estan atentos.

CUARTA PARTE.

Isabela y sus padres regresan á España colmados de favores y dádivas recibidos de la generosidad de la reina.—Ricardo, para estorbar e casarse con la escocesa, pide licencia á su padre para pasar á Roma y se la concede.

Quedó con esta respuesta
Ricardo tan pensativo,
que á la vista parecía
estátua de mármol frío,
en éxtasis elevado,
admirado y suspendido,
obedeció con callar,
propia señal de un buen hijo:
y temiendo en Isabela
algun mortal parasismo
en sabiendo de la dama
el fin á que había venido;

él fué á llevarla la nueva
y á darla á su pena alivio
llegó al cuarto donde estaba,
que era un oculto retiro,
donde con mucho silencio
está con sus padres mismos
sin comunicar con nadie:
la saludó, y despues dijo
á Isabela: anudo dueño,
la causa de haber venido
es solamente á decirte,
si acaso no lo has sabido,

que esta dama que mis padres
mandaron venir, han sido
con intento solamente
para casarla conmigo,
sin darme cuenta, pensando
fuera bastante motivo
esta belleza, á que yo
te borre de mis sentidos,
sin mirar que te ofrecí
el alma por sacrificio;
y pues que tú estás en ella,
otrá no cabe en su sitio,
y quiero que de esto entiendas
que tú solamente has sido,
eres y serás eterna
en el constante amor mio,
y he de ser tu firme amante
á pesar de los peligros,
atropellando las dudas
que se opongan á impedirlo;
y para certificarlo,
poniendo por fiel testigo
á Dios, que juzga las causas,
de cumplirlo estando vivo;
pues sois mitad de mi alma
y el iman de mis sentidos,
que si hermosa te quise,
fea te adoro y estimo;
y en prueba de esta verdad,
solo una mano te pido,
que en fé de ella y la palabra
hede cumplir cuanto digo.
Se la dió Isabela entonces
con tanto amor y cariño,
que el mucho gusto y contento
le perturbaba el decirlo
lo mucho que agradecia
aquel favor tan crecido;
mas con besarle la mano
le mostró lo agradecido;
y dijo Ricardo entonces
le señalasen el sitio

donde habia de buscarlos
cuando á España luese ido,
que dos años gastaria
ó poco mas en cumplirlo.
Entonces los nobles padres
de la doncella le han dicho,
que en la Ciudad de Sevilla
en un convento divino
de monjas de Santa Clara,
que allí llegue y tome aviso
de una monja que se llama
la madre Inés del Castillo,
que esta la dirá la casa
en donde vive de fijo;
esto con tantas ternezas
lo hablaron, que dió motivo
á que copiosos raudales
llorasen enternecidos.
Se despiden los amantes,
se fué Ricardo, y le dijo
á su padre que no habia
le casarse que es preciso
primero partirse á Roma
á confesar sus delitos
con su Santidad, y en tanto
estuviese suspendido
su casamiento, aunque todos
tengan á mal sus designios.
Mostrábase muy alegre
pero todo era fingido,
y el padre se conformó
por no poder impedirlo.
Entonces le dijo el padre:
sabrás como determino
que Isabela con sus padres
pues que no se ha cumplido
los intentos, que se vayan;
á lo cual Ricardo dijo,
que de sus joyas y galas,
de sus adornos y aliños
no le quiten de eso nada
que bastante habia perdido.

Se lo ha concedido el padre
de Ricardo y luego ha ido
á que la reina le diese
licencia para el proviso
poder despachar á España
cuanto antes los cautivos.
Dióla entonces, y mas viendo
que ampararlos es preciso,
dispuso á la camarera
darla al instante el castigo
pecunialmente y primero,
se le privó de su oficio,
y que luego le aprontase
seis mil doblas de oro fino,
y que se las dé á Isabela
por lo bien que la ha querido;
con esto pagó la infamia,
y á Arnesto por haber sido
el motivo de esta causa,
lo destierren al proviso
fuera del reino britano.
Hecho ya todo lo dicho,
Isabela con sus padres
fueron (pues era preciso
despedirse de la reina)
todos á palacio han ido,
y allí con dulces abrazos
de todos que era prodigio,
se despidieron, y entonces
la reina á Isabel dijo:
toma, amiga, aquesta carta
que yo por mi mano he escrito;
cuando llegues á tu tierra,
vé á Sevilla, que allí ha dicho
la camarera que tiene
un deudor suyo muy rico
que lo debe dos mil pesos,
cantidad de que al proviso
que llegues te la han de dar
diciendo que yo lo digo,
que ahí vá su firma y la mía,
esto hago porque te estimo,

y la fortuna te lleve
á España por buen camino;
y con gran pena de todos
del palacio se han salido,
para disponer la nave
que á España ha de conducirlos.
Aprestándola volvieron
en casa del referido
Ricardo, á darles las gracias
por los muchos beneficios,
que por la buena enseñanza
segundos padres han sido.
Otra vez se renovaron
las lágrimas y suspiros,
mas no en la dama Cristiana,
que este era el nombre mismo
de la que vino de Escocia;
pero Ricardo no quiso
hallarse en la despedida,
que había de ser conocido
en el semblante y los ojos,
y así á sus padres les dijo:
que se iba al campo aquel día
á holgarse con sus amigos.
Con este achaque ó disculpa
todos lo hubieran creído,
pero su intento no era
sino irse entre los riscos
á llorar sus desconsuelos
por no ser de nadie visto.
Finalmente, ya Isabela
había, como hemos dicho,
despedidose de todos
y estando ya prevenidos,
se embarcaron y salieron
por el golfo cristalino
para la Ciudad de Cádiz,
en Dios todos sus designios,
y en Ricardo el corazon,
que no le echaba en olvido,
aunque por la ausencia larga
lo contemplaba perdido;

y así entre varias ideas
se hacia mil laberintos
de confusiones diversas
siendo ciertos los motivos.
En este tiempo, Ricardo
estaba pues en su sitio,
desde donde divisaba
el velámen del navío,
y en descompasadas voces
y lamentables suspiros
decía: adios, Isabela,
adios, bello parainfo,
quién nunca te conociera!
quién jamás te hubiera visto
para no sentir ahora
tormentos tan escesivos!
quién podrá estar sin tu vista?
y quién sin tí estará vivo?
cuándo he de volver á verte?
Pide á los cielos, bien mio,
(se quejaba á la fortuna
tan contraria como ha sido)
que te acompañe en la muerte
ó te merezca en el siglo.
Esto y mucho mas decia
en tan solitario sitio;
hasta que perdió de vista
la embarcacion, y rendido
de batallar con la idea,
fué á su casa, y le ha pedido
con humildad, á su padre,
piadoso y caritativo,
le echase su bendicion
para seguir su camino:
se la da muy pesaroso,
y luego aquel dia mismo
dispuso partirse á Roma,
en trage de peregrino,
sin mas pompa ni aparato,
ni querer llevar consigo
mas que un fiel criado suyo
que le sirviera de ativio,

y para si falleciere
pudiera dar el aviso.
Se salen de la ciudad,
dejando muy afligidos
á sus padres, pues dudaron
que lo pudiesen ver vivo.
En este tiempo, Isabela,
con favor del Ser divino,
llegó á su patria, y en ella
fueron muy bien recibidos
de la nobleza y la plebe,
deudos suyos y amigos,
pues se alegraban de ver
la dicha que habian tenido
de haber hallado á Isabela
y hallarse favorecidos.
Poco más de un mes pasaron
descansando lo rendido
del viaje, y ya aliviados
dispusieron con sigilo
irse los tres á Sevilla
á cobrar lo prometido.
A la Bética llegaron
y siempre con el designio
de volverse brevemente;
pero fueron detenidos
por no hallar el mercader,
con que allí les fué preciso
estar hasta que viniera
de un viaje á que habia ido.
Alquilaron una casa
á donde le habian dicho
á Ricardo, que era enfrente
del convento referido.
En tanto se ejercitaron
en su primer ejercicio
de mercader contratante;
así estaban mantenidos,
viviendo con la esperanza
de ver su intento cumplido.
Y aquí para proseguir,
noble auditorio, es preciso



que Morales fin le dé
á este romance que han visto,

y prestándole atención
proseguirá con el quinto.

QUINTA PARTE.

Ricardo es herido mortalmente por su rival Ernesto; logra su curacion y se embarca; una tempestad le arroja á tierra de turcos y le hacen cautivo; es rescatado y conducido á España.

Así estaba en Sevilla
aguardando á que viniese
el mercader del viaje,
y se pasaron seis meses:
al cabo de ellos llegó,
y dándole los papeles,
viendo la firma real
y que era precisamente
cumplir con aquel mandato
tan pronto como obediente,
aprontó la cantidad
sin un punto detenerse.
Viéndose tan poderosos,
y tan colmados de bienes,
allí quisieron quedarse,
por ser la tierra aparente,
para su hija, pues era
su hermosura permanente,
tanto que ya en la ciudad
para mas bien conocerla,
la llamaban la Divina,
por su hermosura escelente.
Tuvo de los caballeros
infinitos pretendientes
de lo mejor de Sevilla,
sin que ninguno pudiese
solo verla, pues vivia

recatada mortalmente,
por si venia su amante,
primeramente supiese
por la fama el buen vivir
antes de llegar á verse.
Aqueste tiempo pasaba
en un oculto retrete,
pidiendo al Cielo con ruegos,
piadoso le concediese
ver su querido Ricardo,
pues de su vista carece.
Ocho meses se pasaron
sin que de Lóndres tuviese
razon ni respuesta alguna
de cartas antecedentes
que Isabela habia escrito,
aunque tambien en su mente
á sus solas se decia:
esto será que no quiere
hacer caso de mis letras,
ni oír ya ni atenderme,
ya habrán casado á Ricardo
con la que en su casa tiene,
y ya olvidado de mí;
oh! qué bien que lo refiere
metida en un oratorio
en oraciones frecuentes,

el adagio, que la ausencia es madre de olvidos siempre, y que en pasándose el tiempo la memoria olvida y pierde. Oh cocodrilo engañoso! oh ingrato Ricardo alevé! fueron estas las promesas de quererme eternamente? así fueron los extremos que hacías fingidamente? mas no es mucho que eres hombre y en tu pecho caber puede. En estas dudas estaba pesarosa, cuando advierte un hombre con una carta de Londres, y se la ofrece en mano propia á Isabela; la recibió diligente, por ver lo que mencionaba, fué con prontitud á leerla: conoció en el sobre-escrito ser la letra propiamente de la madre de Ricardo; se alegró por la presente en ver aquella memoria, aquel recuerdo que tienen al cabo de tanto tiempo, se hallaba en extremo alegre: rompió la neta y empieza á leer de aquesta suerte: «Hija querida Isabela, luego aquel dia siguiente que saliste de mi casa, apenas te vido ausente el malogrado Ricardo, (que Dios en su gloria tiene) salió para su viaje, sin querer que con él fuese mas del criado que en casa nos asistia fielmente. Este fué en su compañía, cuando al cabo de dos meses

se ha entrado por nuestras puertas diciéndonos como viene huyendo, y que á su señor, cruel y alevosamente el conde Arnesto le dió al buen Ricardo la muerte estando en una posada: y sin poder socorrerle á manos de su enemigo murió, y milagrosamente escapó el criado vivo, y sin querer delénerse ha venido por la posta á decir lo que sucede; aquesta carta te escribo para que á Dios le encomiendes, que yo tambien pediré al Cielo que te prospere en felicísimas dichas todo el tiempo que vivieres.» No pudo Isabela entonces proseguir, pues las corrientes lluvias de copioso llanto la perturbaron, de suerte que mostraba en el sentir estar la causa presente, y lo afirmaba por cierto, por creer que aquella gente no menta ni de aquello ningun bien les sobreviene: y con ánimo constante en su memoria previene delante de un Crucifijo, hacer fervorosamente voto de ser religiosa y morir de aquella suerte. Su padre la suplicaba siquiera se detuviese aquel tiempo limitado para que mas se consuelen: obedeció, y lo restante de aquel tiempo estuvo siempre

pidiendo al Cielo con ruegos,
aquello mas conveniente
al alma de su querido
para los eternos bienes,
Y vamos á que Ricardo
de aquel peligro inminente
no murió, sino que el paje,
como vió tan de repente
á su señor en el suelo
con mortales accidentes,
lo juzgó muerto, y temiendo
que con él lo mismo hiciese,
salió huyendo, y nunca supo
lo que despues llegó á verse.
Casi muerto lo llevaron
á un hospicio, le previenen
á sus mortales heridas
bálsamos muy escelentes,
y en breve tiempo se halló
convalecido, de suerte,
que volvió á seguir de nuevo
el viaje antecedente:
le fué preciso embarcarse,
y por ir mas brevemente
en una nave se entró
navegando felizmente.
Muy poco tiempo gozaron
estos felices placeres,
porque un dia cuando el sol
se ocultó en el occidente,
se entoldó el cielo de nubes
con gran tempestad, de suerte
el recio viento soplabá,
que tronchaba los trinquetes;
de un todo desarbolado
y muy próximo á perderse,
sin norte, timon ni vela,
les entró un viento muy fuerte
que á parar se fué la nave
á unas islas donde tiene
jurisdicción el gran Turco,
y allí les amanece;

los turcos luego que vieron
tal dicha, los acometen,
y hallándolos sin defensa
tardaron poco en perderles;
con que Ricardo perdió
las esperanzas de verse
en presencia de Isabela,
porque si aquellos infietes
llegaban á conocerlo,
son bárbaros tan crueles,
que para vengar su agravio
lo freirán en aceite.
Pero los Cielos piadosos
quisieron favorecerle
aunque los mas de los turcos
lo conocen claramente,
y dándole cuenta al rey,
que un cautivo que allí viene
fué el que á ellos les quitó
las galeras y su gente,
que por general venia
de los navíos ingleses;
pero que tambien les dió
libertad piadosamente
á los que quedaron vivos,
y estas finezas les mueve
á librarlo, pero el rey
mandó al punto lo metiesen
en un calabozo, que
da miedo y horror al verle,
hasta dar fin á su vida,
y juntamente previene
un hombre de confianza,
que la comida le lleve
muy tasada, hasta que muera
y él lo hacia de esta suerte.
Esta miserable vida
pasaba sin que tuviese
alivio sino en el rato
que al sueño la vida ofrece.
Era muy fatal la pena
que sentia, solo en verse

si algun alivio humano,
en sitio tan incidente,
cargado de mil prisiones
que no podia moverse.
Oyendo Dios las plegarias
mandó que le socorriese.
En este tiempo llegaron
los religiosos que siempre
van á redimir cautivos
con espíritu ferviente,
y buscan aquellos pobres
que mas trabajos padecen,
y con el mucho castigo
se recelan que renieguen.
Supieron como Ricardo
cruelas penas padece:
procurando redimirlo,
y tomando pareceres
el rey de sus consejeros
á ver lo mas conveniente,
dispusieron el pedir
muy descompasadamente,
para que no lo llevaran,
mas prontamente le ofrecen
la una parte del dinero,
y que hasta satisfacerle
se quedase un religioso
cautivo, mientras no viene.

Aceptaron, y á Ricardo
le dijeron que viniese
á España, que de limosna
lo junte y que se lo lleven.
Venía el pobre Ricardo
como de ordinario vienen
los cautivos redimidos,
con su alquicel y birrete,
descalzo de pié y pierna
y con muchas desnudeces,
muy crecida ya la barba,
y las mejillas parecen
de difunto: todo en fin,
era imágen de la muerte.
Llegó pidiendo limosna
hasta Sevilla, y por verse
en tan estrecha miseria
no quiso buscar parientes
de Isabela, ni aun hacer
pesquisas de conocerles,
hasta que un día encontró
con un gran rumor de gente
que á entrar iban una monja.
Al que el fin quisiera verle
á esta verdadera historia,
por no enfadar al oyente,
Alfonso Pablo Morales
la sesta parte previene.

SESTA PARTE.

Isabela se decide á entrar de religiosa en un convento, creyendo muerto á su amante Ricardo; este se presenta á su vista en el acto de tomar el hábito, se reconocen, se abrazan, y la funcion cambiando de aspecto se convierte en una boda.

Ya en aqueste tiempo habian
cumplídose los dos años
del límite que á Isabela

le dió en Lóndres á Ricardo,
y ya sin las esperanzas
de cirlo, verlo ni hablarlo,

dispuso muy fervorosa
 ir á cumplir lo tratado
 de la ofrenda que le hizo
 á Cristo crucificado,
 de meterso religiosa;
 y ya cumplido aquel plazo
 iban hácia el monasterio
 que á su casa está inmediato,
 con tan lucidos adornos
 de pompas y de aparatos,
 y costosísimas galas,
 que parecia al mirarlo
 por tanta copia de estrellas
 ser otro cielo abreviado.
 Toda la nobleza unida
 los iban acompañando,
 toda la plebe en comun,
 los que su fama alcanzaron,
 y los que la conocian
 van por verla mas despacio:
 todos á la mucha fama
 de lugares comarcanos
 acudieron á Sevilla,
 y quedaron admirados
 dándole mil alabanzas
 á Dios; pues la habia criado.
 Llegaron al templo, donde
 á recibirla se hallaron
 el provisor y arzobispo,
 el asistente y vicario,
 con todos cuantos señores
 hay de título y estado
 en la sevillana patria.
 Andaba entonces Ricardo
 para pagar su rescate,
 cómo hemos dicho, juntando
 la limosna referida,
 que era hasta mil ducados;
 y arimándose al concurso,
 á un hombre le ha preguntado
 le dijese la ocasion,
 ó el por qué se há motivado

andar por aquellos sitios
 todos tan regocijados.
 A lo que le respondió:
 en este dia en que estamos
 se vá á meter religiosa
 el mas bello simulacro
 de la deidad mas hermosa
 que cabe en el ser humano,
 cuyo nombre es Isabela.
 No hizo mas que pronunciarlo
 el hombre, cuando al instante
 le empezó con sobresaltos
 á Ricardo el corazon,
 con que se le renovaron
 de las pasadas finezas
 los estremos; y obligado,
 viendo que ya la ocasion
 estaba solo en su mano,
 se entró por medio de todos
 con el paso acelerado
 hasta llegar donde estaba
 Isabel, cuyos rayos
 pudieran servir al sol
 de adorno y reflejos claros.
 Llegó, en fin, adonde estaba,
 aunque con grande trabajo;
 y hallándose en su presencia
 con atencion lo miraron
 aquellos, que de Isabela
 fueron novios despreciados.
 Como lo vieron tan cerca
 hubo algunos que le hablaron,
 al ver su traje tan tosco,
 dichos que no le agradaron,
 decianle vituperios,
 tanto que ya avergonzado
 de semejantes razones,
 echando sus ojos rayos
 les dijo á los caballeros:
 por las cielos soberanos,
 que podeis agradecer
 el paraje en donde estamos,

que por guardar el decoro
á sitio tan soberano
no ven vuestras demasias
el escarmiento en mi brazo,
que entonces reconocieron
la nobleza de Ricardo;
y pues los cielos quieren
que yo padezca trabajos,
quédate adios, Isabela,
adios, divino milagro.
Conforme Isabela oyó
su nombre, se la alteraron
las potencias y sentidos,
y atenta empezó á mirarlo
al cautivo, y como ya
estaba desfigurado,
y trocadas las fucciones
de desdichas y naufragios,
no obstante miró Isabela
entonces con mas cuidado,
y aunque tan pálido estaba
le dió el alma un sobresalto,
y por la rubia garzota
lo conoció aunque dudando
que fuese Ricardo, pues
le habían ya noticiado
por las cartas que era muerto;
mas como la hubo nombrado,
mandó al cautivo se acerque;
acudió pronto el llamado,
y admirada de mirarle,
con muy honesto recato,
de aquesta suerte le ha dicho:
por ventura, noble hidalgo,
eres ilusion ó sombra;
sin duda que estoy soñando;
pues ante mí veo vivo
al que muerto he contemplado.
Entonces le respondió:
no lo tengas por engaño,
pues ya ni la sombra soy
que fui en los tiempos pasados,

y aunque me juzgues muerto
sin tí, ya está averiguado;
y así el cielo te prospere
eternamente en tu estado.
Iba á volverla la espalda,
cuando Isabela llorando
se arrojó despavorida
á los brazos de Ricardo,
diciéndole, esposo mio,
puesto que Dios lo ha ordenado,
tú has de ser mi amado esposo,
pues la palabra te he dado,
y con ella te di el alma,
precisamente es pagarlo,
tú solamente pudieras
aqueste intento estorbarlo.
Entonces creció la envidia
de los que estaban mirando:
pues sin saber los motivos
vieron que había logrado,
dicha que ellos pretendían,
v para todos fué en vano,
v los padres de Isabela
le daban dos mil abrazos.
Dispusieron el volverse
con aquel mismo aparato
á su casa todos juntos
para al instante casarlos,
y con una gala hermosa
á Ricardo lo adornaron
con tanto primor, que muchos,
que fuese el mismo dudaron;
y estando ya el arzobispo
de todo muy informado,
allí en presencia de todos
á los dos ha desposado.
Fué el asistente padrino,
por lo que está averiguado
lo que pudo haber entonces
en honra de los casados,
por cuya causa hubo muchos
que de envidiosos rabiaron.

Allí Ricardo dió cuenta
de lo que había pasado,
las aflicciones que tuvo,
y de como había llegado
cerca del fin de su vida,
á manos de aquel ingrato
conde Arnesto, en la Bretaña,
y como lo cautivarón,
y como por él se quedaba
allá un padre aprisionado.
Al instante dispusieron
aquel dinero enviarlo,
y juntamente á su patria
despacha luego un criado
á sus padres, que viniesen
supuestos que son cristianos,
que acá sin temor alguno
podrán vivir descansados.
En breve tiempo vinieron
por ver á su hijo amado,
adonde puede el discreto
considerar los halagos,
los júbilos y placeres,
los regocijos y aplausos.
El asistente mandó
para triunfos mas colmados
en hora de tanta dicha,
para mas timbre y mas lauro,
hacer unas fiestas reales
que dejó al mundo pasmado,
con diferentes funciones,
comedias representaron,
danzas, músicas y fiestas,
con mil instrumentos varios,

y vistosas luminarias
cual Mongibelo alumbrado.
Hubo mesa franca y plena
de manjares muy estraños,
un mes duraron las fiestas
y sin número los gastos,
donde viven en Sevilla
del Asistente amparados,
con cuantos bienes y dichas
alcanza el ingenio humano;
siendo los mas poderosos
como está ya averiguado.
Esto es, discreto auditorio,
contar el breve traslado
de Ricardo y de Isabela
lo que en su vida pasaron.
Dios por su amor nos defienda
en el mundo de las manos
de todos los enemigos,
y á los príncipes cristianos
paz y concordia; y á todos
los que la fé profesamos
auxilio y salud cumplida,
gracia, consuelo y amparo:
para que en aquesta vida
solamente á Dios sirvamos
para conseguir la eterna,
tesoro el mas soberano.
Y aquí discreto auditorio,
el fin á su lira dando
Alfonso Pablo Morales
á lo tosco de sus rasgos,
de alabanzas solo un victor,
y os digneis de perdonarlo.

CIN

